

NIETZSCHE Y LAS IZQUIERDAS.
SU RECEPCIÓN EN LAS REVISTAS DE ABELARDO CASTILLO

Noelia Billi

Nos proponemos aquí indagar de qué modo fue recepcionado Nietzsche por el escritor Abelardo Castillo. La obra de Castillo puede abordarse desde dos puntos de vista: en tanto *escritor* sus intervenciones se despliegan tanto en el ámbito de la ficción como del ensayo y la crítica; en tanto *editor*, su labor no ha sido menos prolífica: fundó y dirigió tres revistas: *El Grillo de papel*, *El Escarabajo de Oro* y *El Ornitorrinco*¹.

Intentaré aquí dar cuenta de la presencia de Nietzsche en el conjunto de la producción del escritor, subrayando el abordaje de la figura nietzscheana que él realiza *en tanto pensador de izquierdas*. De este modo, lo que me interesa discernir es hasta qué punto el potencial insurgente de la escritura nietzscheana pudo ser reapropiado por el pensamiento de izquierdas y puesto a funcionar en vistas a una posible “revolución” de signo marxista². Trataré de dejar constancia de aquellas líneas que el escritor traza, a la vez, en el cuerpo de su obra y en el del pensar nietzscheano, enlazándolo a las políticas de izquierda, sendero que sería cada vez más transitado en los tiempos por venir.

Como muestran trabajos anteriores publicados en esta revista³, la recepción de Nietzsche en Argentina tuvo un inicio temprano, y en general

1. Las publicaciones abarcan los siguientes períodos: *El Grillo de Papel* (6 números, 1959-1960) –prohibida, debido a su adscripción a las izquierdas, por el gobierno de Arturo Frondizi–, *El Escarabajo de Oro* (38 números, 1961-1974) y *El Ornitorrinco* (14 números, 1977-1986). Hoy en día contamos con la edición facsimilar digitalizada de la colección completa de las revistas, trabajo que debe agradecerse a un grupo de investigadores de la Universidad Nacional de Mar del Plata, dirigidos por Aymar de Llano y Elisa Calabrese. El CD forma parte de *Animales fabulosos. Las revistas de Abelardo Castillo*, Mar del Plata, Martín, 2006.

2. Por supuesto que invocar a “las izquierdas” resulta demasiado vago. Cabe aclarar, entonces, que investigo aquí la relación de Nietzsche con el pensamiento de izquierdas de *Abelardo Castillo*, posición política a la que el escritor ha expresado desde siempre su pertenencia. En un campo tan amplio, la perspectiva adoptada por Castillo es básicamente la de un marxismo humanista, cuya inspiración en el existencialismo sartreano es explicitada permanentemente.

3. Respecto a la recepción de Nietzsche en la Argentina pueden consultarse los dossier dedicados al tema publicados en los números anteriores de *Instantes y Azares. Escrituras nietzscheanas*, Buenos Aires, Año 1, Nro. 1, Primavera de 2001, EUDEBA, pp. 105-237; Buenos Aires, Año 2, Nro. 2, Primavera de 2002, EUDEBA, pp. 173-220; y Año 3, Nro. 3, Primavera de 2006, Santiago Arcos, pp. 109-229.

se detecta un énfasis en su faceta de *problematizador* del orden imperante (ya sea en el ámbito ético, el socio-político, o el de las perspectivas filosóficas). Teniendo esto en cuenta, podría afirmarse que un pensamiento de izquierdas, cuya actitud ante la realidad se funda en un hondo descontento por el estado del mundo, encontraría en Nietzsche una herramienta eficaz a incorporar en su arsenal teórico. Más aún cuando el pensamiento nietzscheano comienza, a mediados del siglo XX, a ser considerado como “filosófico” (y no tan sólo “poético” o “irracional”, lectura que predominaba con anterioridad) y, en tanto tal, como inscripto en una tradición occidental de pensamiento a la cual discute y a la vez aporta instrumentos filosóficos adecuados. Sin embargo, el potencial insurgente de la escritura nietzscheana parece ser dejado de lado por los pensadores de izquierda argentinos⁴. Entre las razones de esta reticencia debe contarse sin lugar a dudas la apropiación del texto nietzscheano por los ideólogos del nazismo, hecho bien conocido en los ámbitos culturales que ponían freno a todo intento de lectura del pensador alemán. En efecto, el advenimiento de las izquierdas post-nietzscheanas se verificará cuando la obra de Nietzsche sea restituida en su integridad, poniendo en evidencia las falsificaciones a las que había sido sometida y habilitando una separación del filósofo jovial de la perspectiva nacionalsocialista⁵.

Como mencionábamos, la labor de Castillo es inescindible de su rol de director de las revistas. En estas publicaciones vieron la luz la mayor parte de sus apuestas ensayísticas y críticas. Teniendo en cuenta la cantidad de volúmenes publicados, y lo diverso de su contenido, debe decirse que las referencias a Nietzsche son pocas. Sin embargo, creo que los momentos en los que aparece son significativos.

4. Excepciones notables constituyeron las lecturas de Carlos Astrada y Ezequiel Martínez Estrada. Con anterioridad en el tiempo (en torno a los años '20), encontramos, por una parte, a Mariano Barrenechea; por otra, la inclusión de Nietzsche en el programa de la materia Filosofía General en la Universidad Nacional de Córdoba por parte de Deodoro Roca (uno de los impulsores de la reforma universitaria del '18, arielista y latinoamericanista); ambos constituyen también asaltos nietzscheanos a las izquierdas. Otra perspectiva es la aportada por Ernesto Giúdice (1907-1991), a mediados de la década del '50, con su categoría de “hombre dionisiaco” en un escrito censurado por los cuadros intelectuales del Partido Comunista, que vetaron su publicación en el órgano de difusión del partido, los *Cuadernos de Cultura*. Todas ellas llevan como marca el rechazo por parte de la “ortodoxia” marxista, aunque no pueda ello atribuirse exclusivamente a la presencia de Nietzsche. Creo, sin embargo, que es por realizar un ejercicio del pensamiento más “libre” que ellos han podido enfrentarse al texto nietzscheano, teniendo la fortaleza suficiente para detectar allí una potencia insurreccional que podía –aun desde las sombras– componerse con otras fuerzas aparentemente contradictorias al pensamiento del filósofo jovial.

5. Es a partir de lo que se ha llamado “el renacimiento nietzscheano”, impulsado por la restitución de la obra nietzscheana en su integridad, llevada adelante por Colli y Montinari, que ciertas líneas de pensadores de izquierdas comenzaron a trabajar con Nietzsche. Principalmente en Francia (Bataille, Blanchot, Foucault, Deleuze, Derrida) e Italia (el propio Colli, Agamben, Cacciari, Vattimo).

Ficciones

La producción de mundos ficcionales de Castillo incluye los géneros del cuento, el teatro, la poesía y, tardíamente, la novela. Ellos armaban un espacio propio en las revistas dirigidas por el escritor, las cuales conjugaban literatura y ensayo político desde una perspectiva que hacía de la creación de lo bello un acto revolucionario y una afirmación de la vida⁶. En 1962, se publica el cuento “*Also Sprach el sr. Núñez*”, en el cual el lazo entre el protagonista y cierto Zarathustra nietzscheano es claramente anunciado desde el título⁷. Allí se relata la irrupción de Núñez en la oficina en donde trabaja –un depósito pirotécnico– cargado de explosivos. Él propone a sus compañeros un suicidio colectivo, argumentando que la raza de los oficinistas es algo despreciable que debe desaparecer. Castillo –haciéndose portavoz de una perspectiva relativamente extendida entre los jóvenes de izquierdas de la época– describe al oficinista como un ser mezquino y débil, que respeta las jerarquías y valores instituidos, y cuya acción se limita a procesos mecánicos:

El oficinista no pertenece a la especie. Es un estado intermedio entre el proletario y el parásito social. Un monstruito mecánico íncubo del homo sapiens y la Remington. Imagino el futuro: los hombres nacerán provistos de palanquitas y botones. Una leve presión aquí, camina; otra allá, habla; se acciona aquel botón, eyacula⁸.

Núñez exige a sus compañeros que comprendan que sus vidas son una rutinaria repetición sin diferencias, que no vale la pena de ser vivida:

Viajar cuatro veces por día, aplastado, semicontuso, horrosamente estrujado durante dieciocho idénticos años, en un ómnibus repleto. Indiscernible bajo una mescolanza de trajes, tapados, piernas, diarios⁹.

6. Así se manifiesta en el “Editorial” del primer número de *El Grillo de Papel*, octubre de 1959, p. 2. Luego de sentar su posición “a la izquierda de la sangre”, finaliza de este modo: “La calidad artística, en cambio, es una urgencia. [...] El hombre crea cosas porque las necesita. El arte, creación tan humana que se la creyó divina, responde también a una necesidad íntima, honda, insuperable: necesidad de belleza. Y la belleza, la única, la auténtica, siempre es revolucionaria. Porque, a nuestro entender, revolución no significa tal o cual partido, esta o aquella nueva forma estatal. Es un apremio vital, instintivo, de transformar la vida.”

7. El cuento es publicado en *El Escarabajo de oro* n° 16, enero de 1963, pp. 17-18, 20 y 24. Pertenecía al libro de cuentos *Las otras puertas*. En 1961, la editorial Goyanarte de Buenos Aires publicó el libro sin este cuento (como se explica en nota al pie en esta publicación y por las razones que Castillo detallará en la entrevista que le realizamos, publicada en esta misma sección). No obstante, el mismo año el autor envía el libro que incluye “*Also Sprach el sr. Núñez*” al Concurso Casa de las Américas, con sede en la Cuba socialista. Un jurado integrado por Juan Rulfo, José Bianco, Guillermo Cabrera Infante y José Antonio Portuondo le concede el Primer premio en su categoría. La editorial Casa de las Américas publicará el libro, ahora sí “completo”, al año siguiente, en 1962. El mismo año, Castillo recibe la Faja de honor de la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) por *Las otras puertas*.

8. *Ibidem*.

9. *Ibidem*.

Lo que parece indicarse así es que la subjetividad oficinista tiende al funcionamiento abstracto de una máquina, la cual está al servicio de una entidad cuyos fines concretos desconoce. Lo que importa preguntarse aquí es por qué se invoca el fantasma nietzscheano para acompañar a una propuesta netamente *pesimista*: la del suicidio colectivo, vislumbrada como único modo de escapar a un devenir mecánico.

Aquello que el cuento enfatiza es la *destrucción*. Núñez es un personaje cuya violencia se le hace patente al lector desde las primeras palabras del texto. Desde un principio, el movimiento que instaura es el de reconocerse como perteneciendo a una clase pero sólo con el fin de enfrentarse a ella. Núñez parece ofrecer, entonces, una perspectiva de tipo *reactivo*: se define más por lo que niega que por lo nuevo que puede crear. Negación que deviene total al recaer sobre la vida misma. Dicha negatividad está lejos de asociarse a una afección meramente privada o individual, pues la problemática planteada por el personaje es llevada al plano en que se articulan lo social y lo personal —es decir, el ámbito de la subjetividad¹⁰—, rechazando así una patologización de su conducta que operaría reduciendo sus males a una instancia psíquica aislada de lo social: “En este momento estoy actuando como el representante más lúcido de un grupo social. Digamos que soy el Anti-Marx del oficinismo y, como tal, he resuelto hacer la revolución negativa” señala Núñez a uno de sus compañeros, Parsimón, el *socialista*¹¹, cuando éste lo acusa de ser “un maniático, un pistolero”. Pues lo que Núñez pretende es habitar esa lucidez que le permite observar el modo en que ha sido producido por un dispositivo de disciplinamiento según procesos que desbordan lo personal y que sostienen un modo de vida que inhibe toda posibilidad de creación. En tanto oficinista, lo único que puede querer es la rutina mecanizada que lo identifica con una máquina de calcular (es decir, no puede en verdad *querer* nada), y la única revolución que le es posible concebir es la “negativa”, traducción política de una voluntad débil a la que vivir se le hace insoportable y que sólo sueña con la autosupresión.

10. Concibo aquí el *ámbito de la subjetividad* como el campo en que las fuerzas socio-históricas adquieren una encarnadura y producen la individuación diferenciada de distintos sujetos. Por eso la subjetividad no es reducible a lo psíquico individual: no sólo es la condición de posibilidad de esta instancia sino que además incluye al cuerpo. Con esta concepción se ensaya una complejización que de algún modo intenta desbaratar las oposiciones simples entre lo-individual/lo-grupal, sujeto/sociedad, conciencia/cuerpo, espíritu/materia, etc., pues la subjetividad sería el campo en que el cruce de las fuerzas genera la posibilidad de que estas categorías emerjan y produzcan efectos de realidad.

11. Es sugerente que sea un empleado (el Jefe de Transportes) *socialista* quien opera esta reducción. Parecería indicar la imposibilidad de cierta izquierda para concebir la realidad más que binariamente, de acuerdo a una oposición que hace de la persona y su mundo dos ámbitos excluyentes (tendencia, en *este* sentido, idéntica a la del individualismo capitalista).

La construcción del oficinista de Castillo puede ser asociada al “espíritu de pesadez” que Nietzsche describe en *Así habló Zaratustra*¹². Aquel se presenta bajo la forma de un enano (otro nombre del *hombre pequeño*) “paralítico y paralizante” que vierte “pensamientos-gotas de plomo” en el cerebro del solitario profeta; éste representa la interpretación “decadente” del eterno retorno, la cual supone una repetición sin diferencias de todo lo acontecido¹³. La tarea del profeta será superar esta *versión de organillo* del retorno desde una perspectiva afirmativa de las fuerzas. Así pues, lo que retornará eternamente será lo diferente, lo *fuerte*, en un movimiento que supone un decir *sí*, una afirmación de la vida que pugna por acrecentarse. En la medida en que Castillo asocia a los compañeros de Núñez a un dispositivo burocrático que captura todas las fuerzas –a la obediencia debida al orden mismo¹⁴ que transforma a los hombres y mujeres en “sombras”, en “zombies”– e inhibe toda posibilidad de insurgencia, estarían dadas las condiciones para que ellos representen este “espíritu de pesadez”. ¿Deberíamos entonces leer en la revuelta del propio Núñez un intento de superación paralelo al ensayado por Zaratustra? Castillo no lleva al personaje en esta dirección: él no procede a una afirmación de la vida sino que propone la muerte, en un movimiento que parece llevar hasta las últimas consecuencias el pesimismo (la destrucción de la vida) sin lograr superarlo. En este punto, entonces, el Núñez/Zaratustra de Castillo sería él mismo un pesimista decadente¹⁵. En dicho movimiento, queda silenciada la *vis formandi* del pensador alemán, su faz creadora o constructiva. Cabe preguntarse por

12. Lo que haré será asociar ciertas figuras nietzscheanas a los personajes que Castillo describe, aun cuando el autor no haya explicitado ni, quizá, intencionado estas relaciones. Se trata de leer, en mi caso, el fantasma nietzscheano según el régimen tanto de sus apariciones como de sus alusiones, las cuales –como corresponde a todo fantasma– nunca adquieren sustancialidad sino que permanecen bajo el modo de la huella que habrá que seguir en sus devaneos.

13. El enano afirma que “Toda verdad es curva, y el tiempo es un círculo”. Zaratustra acusa de ligereza al enano en su tratamiento de esta figura, pero enseguida se siente amedrentado por sus propios pensamientos. En ese momento Zaratustra tiene una visión, y nos convida a un enigma que se irá desplegando a través de las páginas. A la pregunta “¿Quién es el pastor en cuya garganta se introdujo el reptil? ¿Quién es el hombre cuya garganta ha de ser así atacada por las cosas más negras y más pesadas?” Zaratustra responderá “El gran hastío del hombre, eso me estrangulaba... y eso predicaba el adivino: ¡todo da igual, nada vale la pena, el saber ahoga! [...] una mortal tristeza fatigada y ebria de muerte, hablaba bostezando: ¡Eternamente retorna el hombre del que estás hastiado, el hombre pequeño!”. Véase F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, trad. Juan Carlos García Borrón, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1992, p. 177 y ss.

14. “[...] la obediencia y la disciplina son grandes virtudes. Si no, miren ustedes a Alemania: el pueblo más disciplinado de la Tierra. Por eso lo pulverizan sistemáticamente en todas las guerras. Pero, al menos, se hacen matar con orden.” señala Núñez con ironía.

15. Si la lectura que presento es verosímil, entonces podría decirse incluso que, en este punto, Núñez hace resonar otra cuerda nietzscheana: la de Dionysos, especialmente en el modo en que es trabajado por Nietzsche en *El Nacimiento de la tragedia*. Pienso en particular en el carácter fuertemente disolutivo que allí presenta esta figura, que rompe con toda norma y tiende, en última instancia, a la muerte.

qué Castillo, de todas las figuras nietzscheanas, recurre a Zarathustra, cuyo carácter *afirmativo* es difícil de soslayar. Mi hipótesis es que la figura más conocida de Nietzsche es aquí potenciada en su veta destructiva, con el fin de ponerla a funcionar como *motor* de una revolución cuya filiación política debía permanecer dudosa para el imaginario político de la época. En efecto, en este cuento Núñez habla de un “anti-Marx” y de una “revolución negativa” porque está refiriéndose a las motivaciones de la revolución en términos igualmente negativos. Creo que esta interpretación del profeta nietzscheano le sirve al autor para alejarse de aquel discurso de las izquierdas que, partiendo de una moral de la compasión, enciende reivindicaciones fraternas. Esto resulta evidente al atribuir al *odio* la fuerza revolucionaria. Núñez exclama:

Lo que quiero decirles es que los odio de todo corazón. Y los odio porque cada hombre odia a la clase que pertenece. Ustedes, los oficinistas, son mi clase. Y nadie se asombre, que esto es dialéctica: la lucha de clases se basa, no como suponen los místicos, en la aversión que se tiene a la clase explotadora, sino en el asco personal que cada individuo siente por su grupo [...] Si los proletarios no odiaran su condición de proletarios, no habría necesidad de hacer la revolución. Querer transformar una situación es negarla; nadie niega lo que ama [...] Yo estoy solo. Yo no me siento unido a ustedes por ningún vínculo fraterno. Yo no les digo: salgamos a la calle y tomemos el poder. No me interesa reivindicar al empleado [...] Yo simplemente los odio.

La violencia con que esta interpretación de la lucha de clases golpeaba el imaginario de las izquierdas es, quizá, lo que convoca aquí a ese espectro nietzscheano del cual sólo se vislumbra su faz destructiva.

Se diría, entonces, que Núñez/Zarathustra es una figura que Castillo extrae del imaginario cultural a fin de articular a través de él una voz política irritante que, si bien en el desarrollo del cuento no prospera, pone en cuestión ciertos valores de la política de izquierdas de la época. Debe tenerse en cuenta que el discurso que hegemonizaba las izquierdas partidarias adoptaba una perspectiva de determinismo económico de los fenómenos político-culturales, quitando toda fuerza insurreccional efectiva a la *praxis* de los individuos. Dicho borramiento de la instancia personal parece inaceptable para una imaginación cultural (la de Castillo en este caso) que hereda del existencialismo sartreano la categoría de “hombre concreto”, la mirada que enfoca la subjetividad de *cada* ser como parte de un entramado de circunstancias existenciales no reducibles a la “clase”¹⁶. Quizá desde este punto de vista deba entenderse que lo que el cuento pretende es visibilizar los efec-

16. Véase la entrevista a Castillo publicada en este volumen.

tos que el capitalismo burocrático genera a nivel de la existencia personal: individuos débiles que obedecen, cuerpos automatizados que rehuyen el peligro. Diagnóstico de la modernidad tecnocientífica que también anunció en su momento Nietzsche¹⁷. Otro lazo que hace legible aquí el recurso a una figura nietzscheana.

Retomando el tema de la negatividad que signa la acción de Núñez, puede decirse que el régimen que instala afecta la *temporalidad* de la revolución que él planea. La explosión de la oficina constituirá un “monumento negativo: no un panteón, un agujero”. Pareciera que lo que quiere transfigurarse así es también un *pasado*, una *memoria* que estaría determinando el presente: mientras el “panteón” mienta un monumento *positivo* y *conservador* (un *deseo de recordar y retener* lo que ya no existe), el “agujero” lo único que hará subsistir será el recuerdo de un instante inasignable que no sólo transforma el sentido de la serie pasada, sino que además instituye *otro tiempo*. Así concebido, el acontecer revolucionario supone la ruptura del continuo causal de pasado-presente-futuro. Quizá por ello la Revolución de Núñez se ata a la orfandad¹⁸, es decir que sólo deviene posible ante la *ausencia de los Padres*¹⁹. En una dirección análoga –en cuanto a su valoración y al carácter acontecimental que hace proliferar–, en el pensamiento nietzscheano la *muerte de dios-Padre* acaba con la promesa de una vida trascendente que llevaba a despreciar las posibilidades de *este* mundo. Ante la ausencia de dios y de la meta, se hace posible la formulación del devenir

17. Diagnóstico leído con insistencia por M. Heidegger, entre cuyos herederos franceses se contaba Sartre, línea que llega por esa vía, entonces, hasta Castillo. Por otro lado, cabe mencionar que en *El Ornitorrinco*, n.º 8, junio-julio de 1980, pp. 8-10, se publica un “Reportaje a Martin Heidegger”. Además, el filósofo es aludido en otras oportunidades, ya sea como inspiración del pensamiento sartreano, ya sea por el mismo Sartre en reportajes que las revistas reproducen.

18. “En verdad, en verdad les digo, que sólo los huérfanos de nuestra generación entrarán en el Reino.” señala Núñez a sus compañeros.

19. Gesto filosófico que significa a la Revolución como *acontecimiento*: ni determinada causalmente ni fundada en leyes, y por lo tanto ajena a las metafísicas que pretenden estar *fundadas*, desarrolladas a partir de una esencia o hacia un fin determinado o determinable. Podríamos citar en esta línea a casi toda la filosofía post-nietzscheana de los siglos XX y XXI. Bástenos una incursión derrideana: “El teleologismo siempre parece inhibir o suspender, contradecir incluso la acontecibilidad de lo que viene, empezando por el acontecimiento científico, la invención tecnocientífica que no “encuentra” lo que busca, que no encuentra ni se encuentra que encuentra; que no es posible como tal sino allí donde la invención es imposible, es decir, donde no está programada por una estructura de espera y de anticipación que la anula tornándola posible y, por consiguiente, previsible. Esta teleología no es sólo una teleología general y universal. También puede guiar una configuración determinada: paradigma, en el sentido de Kuhn, episteme, en el sentido de Foucault, pero también tantas otras presuntas infraestructuras del descubrimiento tecnocientífico, etc. Allí donde hay telos, allí donde una teleología parece guiar, ordenar y tornar posible una historicidad, la anula por las mismas, neutraliza la irrupción imprevisible e incalculable, la alteridad singular y excepcional de lo que viene, incluso de quien viene, y sin lo cual, sin el cual, nada ocurre ya”. El gesto es nietzscheano sin dudas: la “muerte de dios” que Nietzsche constata es también el develamiento del carácter abisal del mundo, no regido ni por dioses ni por leyes eternas, lo cual permite vislumbrar el *instante* como temporalidad extática (pero no mística) que propicia la vivencia gozosa. Cf. J. Derrida, *Canallas. Dos Ensayos sobre la razón*, trad. Cristina de Peretti, Madrid, Trotta, 2005.

temporal en los términos del *eterno retorno* que Nietzsche conceptualiza, lo que supone –al igual que la concepción de revolución de Núñez– la ruptura de las rígidas cadenas causales que atarían la historia y la posibilidad de transfigurar el pasado de acuerdo a las interpretaciones que de él se realicen desde el presente²⁰.

Creo que en “*Also sprach el sr. Núñez*” no hay sólo un Zarathustra *decadente*. Sostengo que la política a la que convoca el Núñez/Zarathustra que Castillo recrea tiene una veta afirmativa, que se manifiesta en la potencia enunciativa que adquieren aquí las categorías estéticas de *Belleza* y de *Armonía*. Núñez proclama: “Toda la evolución de la humanidad es un puente tendido desde el pitecantropus a la Belleza. La fealdad nos involuciona. Por eso, porque sólo ella, en cualquiera de sus manifestaciones, tiene la culpa del estado en que se halla el mundo...”, y también: “la Armonía es la fuerza primordial del universo, y la Belleza, la síntesis última”. La vocación estética constituye aquí un impulso hacia la *Belleza* pero concebida como *tensión de las fuerzas* que la noción de *Armonía* supone (en efecto, ¿qué habría para armonizar si no hubiera fuerzas encontradas?). Belleza de acuerdo a la cual Di Virgilio –el más joven de la oficina– podrá vivir, según Núñez si “se va con los jibaros, disea cráneos, se hace anarquista, se enamora como un cretino”: una vida estética, que hace del mundo algo bello en todos sus avatares, que apuesta, que afirma la vida. Sobre todo, una vida que forja su propio lugar en el mundo.

El cuento se cierra con un gesto que, quizá, cifra la perspectiva del propio Castillo. Hacia el final, el más joven de los oficinistas, Di Virgilio, es “salvado” por Núñez. Una vez fuera, el joven traiciona al “profeta” dando aviso a la policía, que irrumpe en el lugar, se lleva preso al oficinista y devuelve su cuota de normalidad a los empleados. En ese momento, desoyendo la advertencia de Núñez –quien le aseguraba momentos antes que su espalda se terminaría encorvando y un callo adornaría su dedo mayor, el del corazón, de tanto teclear– Di Virgilio se reincorpora a las tareas de la oficina: “parecía triste, se miraba fijamente el dedo mayor. Después irguió la espalda. Las máquinas empezaron a teclear a sesenta palabras por minuto”. Como si Di Virgilio ejercitara una resistencia a la oficina, no destruyéndola como quería Núñez, sino poniendo el cuerpo de otro modo, oponiéndole un cuerpo distinto al que el dispositivo-oficina requiere y produce. Di Virgilio parece ser la figura del que resiste desde el interior (de hecho, el exterior nunca deviene escenario en el cuento, como

20. Para una interpretación del eterno retorno en esta dirección puede consultarse el artículo de M. Cragolini “De Bactriana y las orillas del Urmi a la montaña y el ocaso. A modo de introducción a la lectura de Así habló Zarathustra”, *Revista de Filosofía*, Universidad de Chile, Vol. LV-LVI, 2000, pp. 39-56. También el escrito de M. Cacciari “Concepto y símbolos del eterno retorno” en *Desde Nietzsche. Tiempo, arte, política*, trad. M. B. Cragolini y A. Paternostro, Buenos Aires, Biblos, 1994.

si no existiera), que encarna una resistencia intestina que en lugar de destruir *contamina* el ámbito aséptico de la oficina²¹. Haciéndolo visibiliza las grietas desde las cuales el sí mismo puede ser transfigurado, corporizado de otro modo. Como si Di Virgilio hubiera tenido la lucidez suficiente para comprender que si él –su cuerpo– era también parte de esa oficina, entonces darse un cuerpo nuevo necesariamente transformaría el estado de las fuerzas. Como si Zarathustra hubiera migrado hacia su alma, a la espera de que todo vuelva a comenzar, otra vez.

Diseminaciones nietzscheanas

Quizá una de las zonas más visibles de toda revista sea el acápite. Este lugar es reservado a una voz que sintetice la actitud que los directores toman ante el mundo y, a veces, puede devenir un verdadero “grito de batalla”. En un lugar tan delicado y sobreexpuesto se hará presente la figura nietzscheana. En el caso de *El Escarabajo de Oro*, la frase “Dí tu palabra y rómpete”²², firmada por Nietzsche, reemplaza a partir del nº 13 a una de Goethe (en *El Ornitorrinco* también le será reservado a Nietzsche un lugar en el acápite. Volveré a ello más adelante). Este es un número de significado especial. A partir de él, la revista comienza a numerarse teniendo en cuenta los números que habían sido publicados de *El Grillo de Papel*, razón por la cual, siendo el séptimo número de *El Escarabajo de Oro*, lleva el nº 13. La ratificación de la continuidad entre las dos publicaciones era riesgosa políticamente hablando, toda vez que *El Grillo de Papel* había sido prohibida –debido a su adscripción a las izquierdas– por el gobierno de Arturo Frondizi. Nos encontramos, entonces, a Nietzsche nuevamente como articulador de un gesto polémico cuyo sentido es doble. Es positivo, en la medida en que constituía una afirmación de la línea política de la publicación; pero, al mismo tiempo, su contenido alude a cierta negatividad, a ese umbral en el cual se habla y a la vez se destituye el lugar (y con él, al sujeto) de enunciación. *Momento de peligro* que lleva al límite la potencia de la palabra y hace imposible todo cálculo a futuro.

Contra lo que se esperaría, teniendo en cuenta la exposición del nombre de Nietzsche en la tapa, en el contenido de las revistas el pensador alemán no es convocado explícitamente sino pocas veces, con lo cual in-

21. Núñez también supone, en rigor, una fuerza interna que atenta contra su propio mundo. Él tiene la esperanza de que una vez desatada su revolución, “algún conscripto inspirado organizará el fusilamiento de los oficiales y suboficiales; los curas de aldea entrarán a sangre y fuego en el Vaticano”. Pero esta insurgencia interna es distinta de la de Di Virgilio. Mientras aquella no tiene límite en su negatividad, ésta pareciera indicar que sí y por eso señala más bien a una transformación que a una destrucción.

22. La frase pertenece a *Así habló Zarathustra*, donde aparece dos veces. En “La hora más silenciosa” y en “El retorno a casa”. op. cit., Segunda parte, p. 170, y Tercera parte, p. 208, respectivamente.

cluso podría pensarse que lo que estaba sucediendo allí era más bien un *silenciamiento* de la figura nietzscheana²³.

Por una parte se encuentran menciones de frases de Nietzsche que se usaban con fines retóricos, en el sentido en que no pretendían atarse al pensamiento conjunto del autor sino que más bien eran utilizados como “golpes de efecto”²⁴. Así pues, en el n° 14, en un artículo de Tabaré J. Di Paula, leemos: “Como escribió un día Nietzsche, ‘se es artista a condición de sentir como contenido lo que los no artistas llaman forma’. Precisamente, se es crítico a condición de comprender y de iluminar esa forma que los artistas llaman contenido”²⁵. Un uso similar parece hacer Castillo en el n° 30:

No hay escritor, pensaba Nietzsche –en realidad creo que escribió: no hay gran escritor– no hay escritor que, alguna vez, no se haya avergonzado de escribir. Y no lo hay. Hasta de vivir se avergüenza, ciertos días de su vida o de la Historia. [...] Es cuestión de no poder dejar de escribir, ni de vivir, cuestión de estar vivo y lúcido y coleando, y escribiendo libros como por fatalidad: contra todo; también, contra uno mismo²⁶.

Otro aspecto de Nietzsche que es abordado es su relación con el nazismo. Excepuando una versión nazificante de Nietzsche que se da en un artículo (probablemente extraído de *Prensa Latina*) en el n° 2 de *El Escarabajo de Oro*²⁷, lo que predomina es una clara voluntad “correctiva” de las apropiaciones nacionalsocialistas, y al mismo tiempo de deja entrever una posición que parcialmente borra la figura del “autor” (de Nietzsche, en este caso) y se abre a la posibilidad de leerlo más allá de sus posibles intenciones²⁸. En el n° 4, Abelardo Castillo escribe un editorial en el que critica el antisemitismo. En ese contexto escribe:

23. Sobre este voluntario silenciamiento y sus razones, véase la entrevista a Castillo que publicamos en esta sección.

24. Castillo comenta esta “utilidad” de los escritos nietzscheanos en la entrevista antecitada.

25. *El Escarabajo de Oro*, n° 14, agosto de 1962, p.21.

26. *El Escarabajo de Oro*, n° 30, julio de 1966, p. 29. Debo hacer constar la insistencia con que Castillo menciona los temas de la “vida” y de la “fatalidad” cuando Nietzsche ha sido evocado. Su convergencia quizá señale una alusión velada al filósofo alemán.

27. Se trata del artículo de Pawels y Bergier, “Las aberraciones nazis”, que discurre acerca de los “delirios científicos” que prosperaron en la Alemania nacionalsocialista. Allí se menciona: “A medida que se precisaba el pensamiento de Horbiger revelábanse correspondencias con las visiones de Nietzsche y con la mitología wagneriana. Quedaban establecidos los orígenes fabulosos de la raza aria bajada de las montañas habitadas por los superhombres de otra edad y destinada a mandar en el planeta y en las estrellas.” Cf. *El Escarabajo de Oro*, n° 2, julio-agosto de 1961, p. 15. La atribución del artículo a *Prensa Latina* sigue una sugerencia de E. Calabrese en “Animales fabulosos: un proyecto cultural comprometido” *op. cit.*, p. 11.

28. Una actitud similar se registra en relación con Heidegger. En el n° 2 de *El Ornitorrinco*, marzo-abril de 1978, pp. 2-4, en un artículo que Castillo dedica a Sartre, Heidegger es aludido como inspirador de *El ser y la nada*, a la vez que se impugna que se confundan las ideas del filósofo de la Selva Negra con las de Hitler.

La idea de una 'raza pura' es tanto más bestial cuanto, paradójicamente, la enarbolan siempre individuos despreciables, enfermizos, locos sueltos o mocosos, cuya inteligencia ausente corre pareja sólo con su falta de coraje. Magníficos Adanes, sí, para engendrar el superhombre de **Nietzsche**. Repudiarlo no basta. Hay que combatirlos²⁹.

Y Liliana Heker, en el nº 43:

Si consideramos la lectura como un acto personal, la literatura puede o no servir. Y eso generalmente tiene mucho menos que ver con el arte literario que con el señor que lee: La **Voluntad de Poder**, leído por un discípulo de Hitler o por Thomas Mann, no sólo no es el mismo libro, sino que tiene consecuencias históricas más bien distintas (el racismo o Doctor Faustus)³⁰.

En tercer lugar, encontramos en los escritos de Castillo una serie de menciones a Nietzsche cuando se refiere a otros pensadores, sirviéndose de él como un punto de referencia y a la vez delineando un linaje filosófico propio. Así pues, cuando en el nº 25 de *El Escarabajo de Oro* el escritor se refiere a la muerte de Ezequiel Martínez Estrada, observa que el ensayista argentino "se parecía a Sarmiento. Y a Unamuno. Y a Nietzsche. Se les parecía en eso de ser tan él que no se parecía a nadie"³¹. En cuanto a la composición de linajes en los que inscribirse, debe destacarse la insistente –y polémica para la época– operación de filiación nietzscheana de Sartre que Castillo realiza. El escritor argentino relaciona en varias oportunidades a Sartre y Nietzsche, en una delicada maniobra que releva coincidencias pero también lejanías entre ambos pensadores. Por el lado de las semejanzas, se señala que ambos deben ser "tomados por entero" para poder ser cabalmente "comprendidos"³², sobre todo atendiendo a la no sistematicidad de su pensamiento³³. Por otro lado, la "teoría de la existencia como una libertad que establece en cada caso los valores", forjada por Sartre, es identificada con "El Hombre Valuator de Zarathustra"³⁴. El punto en el que Castillo considera que los dos pensadores se alejan gira en torno a la *religiosidad*. El escritor francés profesaría un materialismo radicalmente ateo, lo cual conduce a una concepción humanista en la medida en que se concibe al hombre como arrojado en un mundo absurdo en el cual, a fin de sobrevivir, debe dar sentido a su existencia. En este plan,

29. *El Escarabajo de Oro*, nº 4, noviembre-diciembre de 1961, p. 10. El subrayado es del original.

30. *El Escarabajo de Oro*, nº 43, septiembre de 1971, p. 17. El subrayado es del original.

31. *El Escarabajo de Oro*, nº 25, noviembre de 1964, p. 3.

32. "Como Unamuno, como muy pocos, es Sartre un escritor (y un pensador, y un artista) al que resulta acaso imposible comprender si no se lo toma entero. Como Nietzsche." *El Escarabajo de Oro*, nº 34, julio-agosto de 1967, p. 19.

33. El carácter no sistemático que menciono es señalado por Castillo en "Jean-Paul Sartre: 'He escrito, he vivido, no hay nada que lamentar'", *El Ornitorrinco*, nº 2, marzo-abril de 1978, pp. 2-4.

34. *Ibid.*, pp. 2-4.

las estrategias de supervivencia deben incluir la atribución de un “fundamento racional al hombre” que le permitan desligarse de las ataduras sociales y ejercer su libertad responsablemente. Por el contrario, Nietzsche conservaría cierta *religiosidad*, por cuanto creía “en el incesante poder creador de la materia y en la inmortal reaparición de la vida y la inteligencia en algún pasado estelar del universo”, lo cual traería aparejado cierto grado de fatalismo que terminaría por hacer pensar que la transformación (del hombre y su mundo) no es una opción³⁵. Esta forma de leer a Nietzsche se ratifica más tarde, cuando Castillo (otra vez invocando a Nietzsche al referirse a Sartre) lee en la concepción nietzscheana del “hombre póstumo” una postergación de la acción en el presente, una entrega a la fatalidad del destino³⁶.

Por último, quisiera referirme a un fragmento del editorial que acompañaba el nº 38 de *El Escarabajo de Oro*. El tema que allí se trata es el de una supuesta operación que se estaría poniendo en marcha para sacar de circulación las publicaciones de izquierdas. En este contexto, se afirma:

Escribió Nietzsche: lo que no me mata, me hace más fuerte. También escribió el acápite de esta revista, pero como todavía no ha llegado el momento de rompernos, vamos a optar por la primera variante: por su bárbara terapéutica de Fénix. Vamos a confesar que lo que más nos gusta de esta situación es su aire de catástrofe, de fatalidad. Porque, matarnos, no nos mata³⁷.

Esta alusión a la terapéutica nietzscheana adquiere aun mayor importancia cuando se tiene en cuenta que la frase “Lo que no me mata, me hace fuerte”³⁸ volverá más tarde a las revistas de Castillo. En efecto, la voz

35. *Ibid.*, pp. 2-4.

36. “Nietzsche, que se sabía inactual, escribió: ‘Lo que a mí me pertenece es el pasado mañana; ciertos hombres nacen póstumos’. Y profetizó: ‘Un día mi nombre irá unido a algo formidable, al recuerdo de una crisis como jamás ha habido en la Tierra...’, el recuerdo de un juicio pronunciado contra todo lo que en el presente se ha creído, se ha santificado.’ Sartre, a punto de elegirse póstumo, comprendió que en este siglo criminal esa ilusión equivalía a la muerte.” Cf. “Jean-Paul Sartre. Editorial” en *El Ornitorrinco*, nº 8, junio-julio de 1980, p. 5.

37. *El Escarabajo de Oro*, nº 38, febrero-marzo de 1969, p. 2.

38. En el estilo habitualmente informal de la revista, las frases no llevan una referencia al texto de donde proviene. Al ser entrevistado por nosotros –y citando de memoria– Abelardo Castillo ubica la frase en *Humano, demasiado humano*, pero la misma de hecho aparece en *Crepúsculo de los ídolos*, “Sentencias y Flechas”, 8: “De la escuela de guerra de la vida.– Lo que no me mata me hace más fuerte.” (escrito en 1887, trad. Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1998, p. 34). Nietzsche la menciona en otras oportunidades: en *Nietzsche contra Wagner. Documentos de un psicólogo*: “Y en lo tocante a mi larga enfermedad, ¿no le debo indeciblemente mucho más que a mi salud? Le debo una salud superior; una salud tal, que ante todo lo que no le mata, se hace más fuerte!” (escrito en 1887, trad. Manuel Barrios Casares, ER. *Revista de Filosofía*, nº 14, 1992, “Epílogo”, 1). Así también en *Ecce homo* señala “[Un hombre bien constituido] adivina remedios curativos contra los daños, saca ventaja de sus contrariedades; lo que no le mata le hace más fuerte.” (escrito en 1888, trad. A. Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1984, p. 24). Por último, en un fragmento inédito de la primavera de 1988: “Lo que no nos mata – matámoslo nosotros, nos hace más fuertes. *Il faut tuer le Wagnerisme* [Hay que matar el wagnerismo]” (fragmento citado por A. Sánchez Pascual en *Crepúsculo... op. cit.*, p. 150, n. 16).

nietzscheana se apropiará del acápite del primer número de *El Ornitorrinco* publicado luego de la finalización de la última dictadura militar argentina³⁹. El concepto de *salud* nietzscheano alude a una “moral del guerrero” que no rehuye los peligros sino que se expone a ellos, pues los concibe como una prueba que puede llevar a un estado más elevado de las fuerzas. Se habilitaba así una elaboración posible tanto de la persecución ideológica como, más tarde, del terrorismo de estado: su pretensión de suprimir todo vuelo insurreccional se convertía en una prueba que Castillo y sus colaboradores habrían de atravesar, con vida. Entrevistado por nosotros, Castillo asociará la salud nietzscheana al concepto de “libertad en acto” de Sartre, mentando así aquella libertad que se adquiere en y a través del peligro, la que realmente se *gana* en lugar de darse por sentada.

A modo de conclusión, puede decirse que la recepción de Nietzsche en Castillo y las revistas por él fundadas, no es unívoca sino que va adquiriendo modulaciones diversas de acuerdo al contexto sociohistórico en el que se despliega. Aun así, existe una tendencia a enfatizar el aspecto destructivo del pensamiento nietzscheano, y en base a esta lectura se cierra la posibilidad de fundar en él estrategias políticas que supongan la transformación positiva (en el sentido de la creación de nuevos modos de vivir política y éticamente). Desde esta perspectiva, el carácter corrosivo de Nietzsche podía funcionar como forma de resistencia a las formas despóticas de organización social, pero resultaba insuficiente para generar programas de acción política concreta. Es por eso que la veta constructiva o “artística” de Nietzsche (de la cual la “creación de valores” que menciona Castillo es un aspecto) queda confinada al ámbito de la creación literaria –aunque debe tenerse presente que los mundos ficcionales no están, para Castillo y mucho menos para Nietzsche, exentos de eficacia política–, y sólo podrá ser recepcionada con un contenido político concreto a través de la lectura sartreana de Nietzsche, en la cual ella es referida a la concepción humanista del mundo y la historia.

39. *El Escarabajo de oro* deja de publicarse en 1974. En 1977 Castillo funda la última revista de la saga: *El Ornitorrinco*. Ésta tuvo un lugar muy importante en la resistencia cultural que de diversos modos tuvo lugar durante el “Proceso de Reconstrucción Nacional” (así llamado por los militares, aun cuando hubiera sido más adecuado mencionar el “Proceso de Destrucción Nacional” que se llevaba a cabo) puesto en marcha por el golpe militar del 24 de marzo de 1976. El terrorismo de Estado perpetrado por este régimen dictatorial se prolongaría hasta el 13 de diciembre de 1983, y, entre otras muchas consecuencias nefastas, dejaría un saldo de 30.000 muertos y desaparecidos. La primera revista que publicó la *Solicitada de las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo*, en la cual se exigía al gobierno de facto la publicación de la lista de desaparecidos, fue *El Ornitorrinco* en su volumen n° 9, enero-febrero de 1981, p. 4.

Noelia Billi

Abelardo Castillo nació en Buenos Aires el 27 de marzo de 1935. La familia se trasladó inmediatamente a San Pedro (Prov. de Buenos Aires), donde el escritor vivirá hasta los diecisiete años, cuando retorna a su ciudad natal. Comenzó a publicar cuentos hacia 1957, tarea que no ha cesado hasta hoy. Su obra abarca no sólo este género, sino también el teatro, la novela, la poesía y el ensayo. Su trabajo ha obtenido el reconocimiento del público y de la crítica. Ha obtenido premios tanto dentro como fuera de Argentina. Hoy reside en Buenos Aires, en el barrio de Congreso.

NB: En las revistas que dirigiste te referís a Nietzsche pocas veces, pero cuando lo hacés subrayás su carácter “irrepetible”, como una “singularidad”. Decís que “se parece tanto a sí mismo que no se parece a nadie más”. ¿Cómo te acercás desde las izquierdas a esta “singularidad” tan fuerte que señalás en la figura nietzscheana?

AC: Ese tipo de pensador singular –entre los que puede incluirse también a hombres como Pascal, o al propio Schopenhauer aunque él aspiraba a ser sistemático, y sin duda Nietzsche– es muy fascinante para un *hombre de izquierda* (y lo digo haciendo una especie de gran pausa porque estoy casi tomándome el derecho de pensar desde “el hombre de izquierda” como si yo lo representara, pero si no, tengo que decir “fueron muy fascinantes para mí, que era un hombre de izquierda” y que sería la verdad).

De todas maneras, no soy el único hombre de izquierda que ha tendido a releer a estos autores: lo hizo Sartre. Se ha intentado incluso, creo que con cierto candor, volver marxista a Nietzsche: creo que esa es una exageración evidente. Nietzsche era *objetivamente* un hombre muy reaccionario, pero en el sentido en que *hoy* le damos a la palabra “reaccionario”. Pero eso no implica que no se lo pueda *leer* de otro modo.

Pero, para mí (y no sé si a toda la izquierda le pasaba lo mismo, aunque te diría que en Sartre se encuentra, sin duda, la influencia de Nietzsche,

* Entrevista realizada por Noelia Billi en junio de 2007. Todas las notas son de la entrevistadora.